

Vicente Picón. *In memoriam* (25/05/1937–07/09/2023)

*Castus moribus, integer pudore
velox ingenio, decore felix.*

(MARCIAL, VI 28, 6–7)

Antonio Moreno y Luis Unceta, mis amigos, me piden que escriba esta necrología en recuerdo de Vicente Picón. Ahora son ellos los encargados de dirigir la *Revista de Estudios Latinos*, a cuyo Consejo Editorial Vicente perteneció desde su fundación. Lo he agradecido mucho por lo que supone de reconocimiento a la entrañable amistad que nos unía, pero debo confesar que esta forma literaria me resulta complicada. Quizá necesitaría más distancia afectiva para componer algo apropiado. En realidad, yo quisiera ser Catulo o Miguel Hernández para poder escribir una elegía a la altura de tan gran persona y de mi sentimiento. Supongo que entonces empezaría, imitando a Miguel Hernández, con algo así: «Se me ha muerto Vicente Picón, con quien tanto quería». Y tal vez terminaría, rememorando a Catulo, con algo parecido a esto: «recibe al menos la ofrenda de mis palabras, empapadas en llanto».

Catulo tuvo que atravesar mares y pueblos desconocidos hasta llegar a la tumba de su hermano. Para mí fue más fácil llegar hasta la de Vicente: algo menos de 200 km al norte de Madrid, en Quintana del Pidio, donde había nacido hace 86 años y donde fue enterrado el pasado 8 de septiembre. Hasta allí llegué para hablar a sus mudos restos, con un ramo de flores, para cumplir así el ritual de nuestros mayores. Había otros ramos más lustrosos y con flores todavía frescas, aportadas por algún familiar o vecino de la localidad, donde Vicente era tan querido.

Allí estuve departiendo con él un buen rato; por fin, pensé con ironía, mis opiniones iban a ser, si no incontestables, sí incontestadas. Naturalmente, hablamos de todas aquellas cosas que tanto queríamos y que tanto nos habían unido. De su hija Nike y de mis hijos; de Mariví, el amor de su vida, y de mis recurrentes fracasos sentimentales; de su pueblo y del mío, bonitos pueblos castellanos que ya parecen cansados de existir; de tantos amigos y compañeros, tan criticados como queridos... También le avisé de que iba a tener que hacer una catábasis desde el cielo al infierno si quería verme en la

otra vida; «mucha distancia», le advertí. Le conté cuántas personas habían lamentado su muerte: sus numerosos alumnos, por supuesto, pero también los compañeros de Facultad, medievalistas e hispanistas, a los que él tantas veces había ayudado con textos latinos de especial dificultad. Vicente no terminaba sus clases en el aula, continuaban en su despacho con alumnos y profesores. Era una persona accesible y generosa, siempre dispuesta a echar una mano a quien lo necesitara. Lo hacía, además, con la llaneza y humildad que le caracterizaban. Era, sin duda, una *rara avis*, en medio de tanta egolatría, tanto egoísmo y tanto vanidoso especializado; eso que ahora se ha dado en llamar pomposamente la academia.

En el viaje de vuelta recordaba mis visitas a su casa, nuestras conversaciones, marcadas por una diferencia jerárquica que nunca se borró del todo y que no nos incomodaba. Él siempre fue maestro prudente y bondadoso, y yo discípulo travieso e iconoclasta. Hablábamos del latín, que con tanto empeño defendió, tan maltratado por todas partes, incluso por buena parte de los latinistas. Del retroceso de las Humanidades, cada día más alejadas de los intereses de nuestra sociedad. De la dura tarea de editor de textos, a la que tanto trabajo consagró y gracias a la cual podemos leer sus magníficas traducciones e introducciones de Suetonio, la *Historia Augusta* o Pedro Pablo de Acevedo. También, dedicamos mucho tiempo a la fábula y a Fedro. Y a Horacio y a Séneca... Charlas siempre vivas y divertidas, alejadas de la pedantería y *cum mica salis*, como le gustaba decir a él. Terminaban cuando bajábamos al trastero para elegir el Ribera de Duero que íbamos a despachar, elaborado en parte con uvas procedentes de sus viñedos; «unas cuantas fanegas», según decía, pero a mí me servían para tacharle en broma de terrateniente. Vicente glosaba con ilusión el origen de cada botella y hasta la trayectoria profesional de cada enólogo. Recordaba estas cosas mientras conducía, aquellas amistosas conversaciones; las horas pasaban rápido en aquellos días espléndidos que solo ahora soy capaz de valorar en su justa medida.

Era Vicente un trabajador infatigable, enamorado del latín, cualquier texto escrito en esa lengua despertaba su interés. Como si la lengua determinara el contenido: si estaba escrito en latín, solo podía ser interesante. A veces le decía bromeando que lo suyo no tenía mérito, que al fin y al cabo disfrutaba con lo que hacía y eso no era trabajar. Sin embargo, cuando aprecio la exactitud de sus traducciones o las innumerables notas a pie de página de sus ediciones, me doy cuenta del trabajo de *labor limae* que hay detrás de ellas, y de que difícilmente pudieron ser siempre ocasión de deleite. Era filólogo de vieja escuela, meticoloso y preciso, con estoico sentido del deber.

No resulta exagerado considerar a Vicente uno de los máximos especialistas

en la biografía latina; sus artículos han contribuido decisivamente a una mejor definición de este género literario y a marcar sus características específicas. Algo parecido podría decir del teatro humanístico, que ocupó sus últimos años de profesión; la última vez que hablé con él parecía luchar contra el tiempo, por si no conseguía editar una nueva comedia de Acevedo, cuyo título he olvidado. Pero Vicente no buscaba el aplauso, no trabajaba para ser encomiado, por eso entretenerme en el elogio de sus numerosas publicaciones parecería casi traicionar su memoria. Así que parece este buen momento para despedirse ya.

Intentaremos seguir tu ejemplo, amigo, y estarás mucho tiempo en nuestras conversaciones y recuerdos. Por mi parte, sé que me visitarás en mis sueños y que estos serán amables y divertidos. Así que, allí nos vemos.

Aue atque uale.

Antonio Cascón
Universidad Autónoma de Madrid
antonio.cascon@uam.es